

# DEL LADO DE LA REBELIÓN

ALBA G. CALLEJAS



ACANE  
EDITORIAL



# DEL LADO DE LA REBELIÓN

ALBA G. CALLEJAS

**AKANE**  
EDITORIAL

Primera edición: marzo de 2022

© de la obra: Alba G. Callejas

© de la corrección: Esther Carmona Sánchez (Jaracanda Servicios Editoriales)

© diseño de cubierta: Álvaro A. Escobar

© de la ilustración interior: Marina Speer

© 2022, Akane Editorial

[www.akaneeditorial.com](http://www.akaneeditorial.com)

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.

*A veces odiamos lo que es diferente a nosotros. Pero muy a menudo se debe a que tenemos miedo de lo que no conocemos, de lo que es distinto. Y es porque, en el fondo... tememos que nos guste.*

**Memorias de Idhún III**, Panteón. Laura Gallego, 2006.

*Para Ness. Este mundo lleno de magia no existiría sin ti.*

*Primera parte*



La luz ambiental descendió notablemente y Nathalie despegó la mirada de la pantalla en la que había pasado centrada las últimas horas. Estiró el cuello y echó un vistazo al fondo de la sala. La encargada de la biblioteca acababa de apagar las luces y en aquellos instantes estaba cerrando con llave la puerta que daba hacia la sala contigua. Al echar un vistazo en derredor fue consciente de que se había quedado sola en la biblioteca. Otra vez.

Deslizó los dedos por la pantalla táctil de su *tablet* y le ordenó apagarse. Después cerró la libreta de apuntes y recogió el resto de libros que había sacado de las altas estanterías que revestían la sala. Se puso en pie, conteniendo un quejido al notar cómo su espalda protestaba tras haber pasado tanto tiempo allí sentada, y se apresuró a devolver los libros a su sitio.

—¿Otra vez hasta última hora, Nat? —preguntó la bibliotecaria, al pasar por su lado.

—Queda muy poco para los exámenes de este *cuatri* —explicó la joven, girándose para mirarla—. Más me vale ponerme las pilas si quiero conseguir esa beca.

—Estás trabajando muy duro, seguro que lo consigues.

Le dedicó una sonrisa que ocasionó que infinidad de arrugas se le dibujasen alrededor de los ojos.

—Si no, al menos nadie dirá que no lo he intentado —respondió Nathalie. Le devolvió la sonrisa y ambas se apartaron para terminar de recoger sus respectivas pertenencias.

La mujer no lo sabía, pero lo cierto era que si Nathalie no conseguía esa beca no podría seguir en la universidad. Por eso siempre era la primera en llegar a la biblioteca después de las clases en el campus de Serena y por eso también era la última en marcharse. Prácticamente pasaba más tiempo allí que los investigadores y, aunque ambas bromeaban a menudo con que si se infiltraba entre ellos pasaría por una más, lo cierto era que sentía pavor ante la idea de echar a perder su oportunidad y no poder terminar la carrera de Biología. No solo cumpliría su sueño y podría optar a convertirse en investigadora, sino que sería la llave de mucho más, de todo lo que había deseado, de lo que su padre esperaba de ella.

Cruzó la puerta principal de la biblioteca soltándose el cabello rubio del moño desordenado y desenredándolo con los dedos. Era una noche de principios de abril y la temperatura que la recibió en la calle resultaba agradable. Aun así, se abrochó la cremallera de la sudadera blanca mientras bajaba la



gran escalinata de acceso y, una vez en la calle, sacó el teléfono móvil del bolsillo lateral de la mochila. Al mirar la pantalla se dio cuenta de que tenía un buen número de notificaciones esperándola; sin duda, sus amigos habían tenido una tarde muy entretenida.

Echó a caminar revisándolas por encima para asegurarse de que no se había perdido nada importante durante sus horas de estudio, y enseguida comprobó que no había gran cosa: alguna mención en sus redes sociales, un correo de un compañero de clase que le había enviado algunos archivos para un trabajo y sus dos mejores amigas, Lía y Becca, habían pasado un buen rato charlando en un grupo que tenían las tres. Sonrió. Por el modo brusco en que habían cortado la conversación, supo que se habían dado cuenta de que ella no estaba disponible para hablar y habrían seguido en privado para no molestarla. Abrió el reproductor de música y, después de colocarse en la cabeza unos brillantes auriculares de color turquesa, puso a reproducir uno de los discos de su grupo favorito.

No tardó en guardar el teléfono en el bolsillo del pantalón; debía internarse en el metro y quería estar atenta pese a que había hecho aquel trayecto tantas veces que podría cerrar los ojos para elegir el andén correcto. Recorrió los largos pasillos de la estación automáticamente, fundiéndose como una más entre aquellas personas que iban de aquí para allá y, cuando entró en el vagón del metro que la llevaría a casa, ocupó un

asiento junto a una de las ventanillas. Solo entonces se permitió relajarse. Apoyó la mochila en su regazo y se dejó envolver por la música. Le quedaba media hora hasta llegar a la parada más cercana a su casa, así que por fin podía poner la mente en blanco después de un día muy largo.

Sintió una vibración en el bolsillo del pantalón y sacó el móvil para ver quién le hablaba. El novio de Becca acababa de compartir el enlace de un vídeo en el grupo que tenía con todos sus amigos.

«¡El conspiranoico ha vuelto!», escribió a continuación, y Nathalie abrió el vídeo con curiosidad mientras jugueteaba con su cabello rubio con la mano que le quedaba libre.

La música se detuvo en el instante en que el vídeo llenó la pantalla. Era la grabación de algún curioso, que mostraba a un hombre de barba descuidada y cabello oscuro de pie en medio de una de las plazas centrales de Serena. Nathalie reconoció el lugar por la estatua de bronce con forma de espiral ascendente que se veía al fondo.

—¡Dentro de tres noches lo veréis! —dijo a voz en grito y gesticulando mucho.

El vídeo mostraba cómo la gente a su alrededor se repartía en dos actitudes: bien lo ignoraban y seguían a lo suyo, bien lo grababan con sus teléfonos móviles y se reían de él sin ningún tipo de disimulo. Aun así, no parecía preocupado en absoluto por lo que pudieran pensar, porque seguía gritando:

—¡La magia siempre vuelve! ¡Ellos nos lo ocultan, pero no pueden arrancarnos algo así de dentro!

Continuó voceando, aunque la cámara no llegó a captarlo. Aparecieron dos agentes de la ley, con sus uniformes de profundo color gris oscuro, para llevárselo a rastras mientras el hombre continuaba lanzando gritos sobre que todos le crearían muy pronto.

Nathalie puso los ojos en blanco y una media sonrisa se dibujó en sus labios. Sabía de sobra lo que iba a encontrar en el grupo antes de cerrar el vídeo. Conocía bien a sus amigos; les hacía mucha gracia aquel personaje de la ciudad, porque no era otra cosa que eso: un personaje. Un pobre loco que llevaba años diciendo que la magia de las leyendas existía, que todos lo habían olvidado para siempre por culpa de la gente del Otro Lado, que el gobierno estaba ocultándoles cosas, que algún día todo se sabría.

Nathalie no le creía y sabía que sus mejores amigas tampoco, pero sí que había otros que defendían aquellas conspiraciones contra la gente de Umbría. Cosa que, en opinión de Nathalie, estaba más bien justificada por la envidia que tenían a quienes vivían al otro lado.

Era cierto que los habitantes de Umbría tenían un modo de vida distinto al de los ciudadanos de Serena, tanto que a veces era difícil olvidar que los organismos de gobierno estaban fuera de su alcance. Los grandes políticos y las personas más ricas vivían en Umbría, así como todas las empresas de

avances tecnológicos estaban ubicadas en esas otras ciudades de aquel lado del Abismo. Serena tenía otras cosas, pero sus ciudadanos no contaban con la libertad de mudarse al Otro Lado. Todo estaba envuelto en una nube de control, misterio y secretismo que daban pie a locos conspiranoicos como aquel que había protagonizado el vídeo.

«Leyendas urbanas», pensó Nathalie una vez más, mientras paseaba los ojos por la conversación que habían iniciado sus amigos en el grupo y que comenzaba a ser acalorada.

No pensaba intervenir. No creía en esas teorías de la conspiración que defendían algunos y mantenía que tan solo había gente con más o menos suerte que nacía a un lado y al otro de la línea, como llevaba sucediendo con cientos de fronteras a lo largo de la historia. Lo que no tenía tanto sentido era que no les permitieran visitar el Otro Lado con libertad, por más que se dijera que El Abismo era tan grande y profundo que resultaba difícil atravesarlo. Lo cual no terminaba de explicar por qué los otros sí podían viajar cuando quisieran y ellos no, por caro que fuese. Sabía que la gente que cruzaba necesitaba permisos especiales, porque conocía algunas personas que habían logrado ir a estudiar a Umbría con becas, pero eran casos tan contados que no terminaba de entender todos los impedimentos que...

Una nueva burbuja de chat emergió en su pantalla, interrumpiendo su línea de pensamientos. Un mensaje de Lía con una pregunta:

—¿Ya estás en casa?

—En el metro —respondió Nathalie.

—En cuanto llegues llámame —pidió su amiga—. Tengo algo que contarte.

—¿Qué pasa?

La respuesta de Lía fue un sencillo *sticker* que le dedicaba una intensa mirada arqueando las cejas.

Nathalie sonrió y bloqueó el teléfono, consciente de que Lía no le diría nada más hasta que la llamase.



Nathalie cruzó la puerta de su apartamento y enseguida fue envuelta por el aroma de la cena. Como siempre que llegaba a esas horas, la casa estaba a oscuras a excepción del resplandor que procedía de la cocina, donde su padre estaría terminando de faenar. Se acercó allí y se asomó.

—¡Ya estoy en casa! —anunció.

Su padre, un hombre más o menos de su altura, cabello rubio ceniza bastante escaso y hombros anchos, se volvió para mirarla un instante y la saludó con el brazo. Como le había parecido a Nathalie, estaba ocupado y no quiso molestarlo.

Se alejó de la cocina y se dirigió hacia su habitación. Abandonó sus cosas sobre la silla del escritorio de cualquier manera, sacó el teléfono del bolsillo del pantalón y se dejó caer en

la cama, de espaldas, rebotando varias veces sobre el mullido colchón antes de detenerse por completo.

Buscó la opción de reproducir la música a través de los altavoces instalados en la habitación y se quitó los cascos de color turquesa. Ahora por fin podía dejar de ser una estudiante aplicada y ser una joven normal; una que tenía relaciones personales que atender.

Abrió el chat que mantenía con Lía y tecleó un rápido mensaje:

—Ya estoy en casa.

Salió de la aplicación y entró en una de las redes sociales para ojear sus notificaciones y echar un vistazo a qué habían hecho sus amigos durante aquel día.

Era muy consciente de que quizá estaba demasiado centrada en sus estudios, pero también de que contaba con una presión que no tenían el resto de sus compañeros. Los padres de cualquiera de ellos podían permitirse el lujo de pagar la universidad. En su casa el tema económico nunca había estado como para ponerse a lanzar cohetes y últimamente menos aún, así que necesitaba la beca para poder terminar sus estudios y estaba empeñada en conseguirla. Era consciente de que estaba descuidando su vida social, aunque sabía que sus amigos entendían que no pudiera quedar tanto como antaño y que no le apeteciera salir de fiesta cada día. Aunque tenía claro que, salvo Lía y Becca, que conocían toda la verdad, los demás opinaban que su cambio de parecer se debía a la muerte de su madre.

Suspiró al pensar en ella una vez más. Su madre había fallecido en un incendio tres años atrás, coincidiendo con su primer año de universidad. Ladeó la cabeza sin levantarse de la cama para echar un vistazo al calendario de pared que tenía colgado sobre el ordenador. Exactamente tres años; en tres días sería el aniversario de la muerte de su madre.

Dejó sus ojos azules clavados en el calendario y permitió que la tristeza se hiciera con el control de su cuerpo sin apenas darse cuenta. No había día en que no la echase de menos.

Por fortuna, su teléfono comenzó a emitir una suave vibración sobre su vientre y la sacó de su melancolía antes de que se fuera demasiado tarde.

Videollamada entrante de Lía.

Nathalie se incorporó y se sentó en la cama cruzando las piernas. Después se colocó el pelo con los dedos antes de pulsar sobre la pantalla para descolgar.

El rostro moreno de Lía apareció ante ella instantes después, con una sonrisa amplísima.

—¡Hola! —dijeron al unísono y se echaron a reír juntas.

—¿Qué tal el día en la *uni*? —preguntó Lía, y Nathalie pudo ver cómo se acomodaba sin dejar de sonreír; estaba sentada al escritorio de su habitación y ya llevaba puesto el pijama de color rosa claro que hacía que su piel destacase aún con más fuerza, al igual que la ancha trenza que sabía que se hacía para recoger sus indomables rizos cuando estaba en casa.

—Largo, ya sabes —respondió, encogiéndose de hombros—. Pero, bueno, no me quejo.

—El finde hay plan de cine y no te voy a dejar poner excusas. —La voz de Lía no admitía réplica—. Necesitas descansar, Nat, o todas esas plantitas que estudias te saldrán por las orejas.

Nathalie sonrió. Sabía que su amiga bromeaba y también que era consciente de que la carrera de Biología era mucho más que «estudiar plantitas», y comprendía que si Lía se ponía así era porque estaba preocupándola.

—El sábado —insistió la joven, clavando sus profundos ojos oscuros en la pantalla—. Sin excusas.

—Este viernes es dieciséis —respondió Nathalie, desviando la mirada hacia el calendario una vez más—. Así que no puedo prometer nada.

Lía abrió la boca para decir algo más, pero se detuvo y en su rostro apareció un gesto de profunda comprensión.

—Es verdad, el aniversario. Ya sabes que si necesitas lo que sea... Podemos anular lo del cine si quieres una tarde de chicas, o que vayamos a por unos batidos, o...

—Estoy bien —la cortó, sonriendo un poco—. Es más por mi padre, ya sabes, quiero estar para él si me necesita.

—Ya, entiendo —asintió Lía, y la miró largamente antes de continuar—. Aun así, si necesitas cualquier cosa...

—Lo sé, gracias —dijo Nathalie, tratando de que no se notase que la preocupación tan sincera de su amiga había estado



a punto de emocionarla. Intentó jugar la carta del cambio de tema—. ¿Qué demonios querías contarme? Me tienes intrigada desde el metro y ya sabes que no llevo nada bien esto de quedarme con la curiosidad.

Toda preocupación fue desterrada del rostro de su compañera y en sus ojos negros apareció una chispa divertida.

—¡Ciertos! ¿A que no sabes a quién me he encontrado hoy?

Nathalie frunció el ceño y un puñado de nombres acudió a su cabeza. Descartó unos y otros al ver la expresión de Lía y sus labios curvados en esa sonrisa tan pícara.

—No.

—Sí. Estaba en la cafetería de Humanidades cuando ha aparecido Leo. Se ha acercado a saludarme y todo.

Nathalie suspiró, hundiéndose aún más en la cama. Leo. Llevaba casi medio año sin verle y aun así su corazón aún se estremecía al escuchar su nombre.

—Ha preguntado por ti, por cierto —continuó diciendo Lía, quizá ajena al efecto que habían tenido sus palabras sobre su amiga, o quizá perfectamente consciente de ello—. Dice que lleváis como un año sin hablar y que si estabas bien y esas cosas.

—Claro... —murmuró Nathalie, tratando de recuperar la compostura pero jugueteando con su cabello rubio—. Creo que lo borré de todas mis redes y la última vez que nos vimos apenas cruzamos palabra.

—Pues parece que se ha reformado un poco, igual tendrías que darle otra oportunidad.

—No hablas en serio. Si rompimos fue porque...

—Como amigos, Nat —tranquilizó Lía—. Os conocéis desde críos, tía, está feo esto de que hayáis perdido una amistad de tantos años por una tontería.

Nathalie bufó y la expresión en el rostro de Lía le hizo entender que sabía de sobra que no había sido exactamente una tontería. Nathalie y Leo se conocían desde los cinco años por sus padres y crecieron jugando juntos. Pese a haber ido a colegios diferentes, fueron mejores amigos durante toda su infancia y adolescencia, llegaron a estar tan unidos que se emparejaron y salieron juntos dos años al poco de entrar en la universidad. Fue el primer amor de Nathalie y nunca lo olvidaría; incluso seguía alterándose al pensar en él, aunque no lo admitiría en voz alta. Tuvieron sus altibajos, como todas las parejas, pero sucedió algo que no fueron capaces de superar y la joven era consciente de que en gran parte había sido culpa suya.

Puede que Leo hubiera estado ausente en los últimos meses de su relación, que por su último año de universidad la dejase un poco de lado. Aun así, nunca la había tratado mal ni se había negado a hablar con Nathalie cuando ella lo necesitaba... Era solo que la muerte de su madre la azotó con tal violencia que lo echó de su lado, como a todos los demás. No

quiso su ayuda y él tampoco pareció molestarse en ofrecérsela. Aquello terminó con una relación que había sido bonita.

Los reproches llegaron años después y Nathalie, hastiada, acabó por echarle de su vida digital, bloqueándolo de todas sus redes y cortando todos los lazos con él, por más que de vez en cuando echase de menos saber qué tal le iba la vida.

—¿Y qué hacía por la cafetería de Humanidades? —preguntó Nathalie, cambiando de tema.

—Tenía una reunión con uno de los profesores —explicó Lía, y pareció agradecida de que su amiga quisiera seguir hablando—. Debe de estar metido en un trabajo de investigación o algo así. No me ha contado gran cosa, pero tampoco es que yo pudiera mantener mucho la concentración.

Se echó a reír y Nathalie rio con ella. Sabía de sobra lo que pensaban sus dos amigas acerca de Leo porque lo habían hablado en decenas de ocasiones. Su cabello castaño y sus ojos avellana enmarcados en un rostro de facciones firmes hacían que fuera muy atractivo, aunque lo que más le gustaba a Nathalie de él no era su físico, sino su sonrisa, su manera de ser y la franqueza con la que la había tratado siempre. Esa complicidad que habían compartido desde niños y que habían perdido por completo.

—En serio, está más guapo que nunca, tendrías que haberle visto.

—Quizá debería desbloquearlo de redes —sugirió Nathalie—. Ver qué es de él.

—Deberías —respondió Lía con intensidad. Hizo un gesto dramático y tras alzar la mano lanzó un beso de chef al cielo.

Nathalie sacudió la cabeza y las dos amigas se echaron a reír de nuevo, escandalosamente. Un grito desde la cocina hizo que Nathalie enmudeciera y volviese a clavar la mirada en la pantalla del teléfono.

—Mi padre me llama —dijo—. Hora de cenar.

—Que aproveche, pues. —Sonrió Lía, que ladeó la cabeza y alzó una mano ante la cámara para despedirse de ella.

—¡Ya vamos hablando!

Lanzó un beso a la pantalla y colgó la llamada, después se apresuró a bajar de la cama para ir al encuentro de su padre. Aunque tenía ganas de descansar y de acabar el día tan ajetreteado, lo que no habría esperado por nada en el mundo era terminar pensando en Leo otra vez.